

OBISPOS PARA EL SIGLO XXI

El Concilio Vaticano II fue calificado como el “concilio del episcopado”. La aportación de este concilio a la teología del episcopado es, pues, de capital importancia. ¿Qué imagen de obispo podemos esperar a partir de este concilio? A esta cuestión pretende el autor aportar una respuesta en este artículo. Teniendo en cuenta que no podemos caer en el error de considerar el ministerio episcopal, ni el mismo ministerio petrino, como aparte del conjunto de la iglesia, Pueblo de Dios, empieza el autor con unas “tesis sobre el origen y la naturaleza de la iglesia”. A partir de estas tesis, enmarca la función del ministerio episcopal y del ministerio petrino. Así puede esbozar la imagen del obispo que necesita la iglesia: un obispo que sea obispo, apóstol, creador de comunidad y formando colegio con los otros obispos.

Obispos para el siglo XXI, Iglesia Viva 208 (2001) 133-144

Escribí hace un tiempo que el antiguo problema de "El Jesús histórico y el Cristo de la fe" estaba dando paso a otro problema nuevo sobre "la comunidad histórica y la Iglesia de la fe". Al igual que, para el caso del Jesús histórico, gozamos de unos mínimos muy importantes y con suficiente garantía histórica, que ayudan a purificar nuestra imagen de Jesús, *también en el caso de la Iglesia, se dan consensos que pueden ayudar a purificar nuestra fe*, nuestro sentido eclesial, y pueden ayudar a la Iglesia a purificarse y a ser más Iglesia de Jesús. Esta observación es fundamental para este tema, aunque sólo se refiera a los obispos y no a la totalidad de la Iglesia.

Se dijo que el Vaticano II fue el concilio del episcopado. Esto es verdad en lo referente a la afirmación de la colegialidad episcopal (casi inédita en la práctica), y en cuanto contraposición a un Vaticano I calificado como concilio del papado. Queda pendiente una reflexión sobre *la naturaleza histórica del episcopado*, que debe hacerse en el seno de otra visión más amplia sobre *la constitución histórica de la Iglesia*, y servir de base a la reflexión teológica.

TESIS SOBRE LA CONSTITUCION DE LA IGLESIA

Origen y naturaleza de la Iglesia

1. *En el Jesús histórico no hay intención de fundar una iglesia.* Por tanto, difícilmente pudo haber prescripciones dadas a los apóstoles sobre las estructuras de la Iglesia. Lo que sí hubo es una comunidad de seguidores en torno a Jesús, creada por él, que servirá de espejo a la iglesia nacida de la Pascua.

2. *No se puede equiparar el Reino de Dios con la Iglesia.* Esta sería una de las herejías más frecuentes y más nocivas para la eclesiología.

3. *La Iglesia está bajo la Palabra de Dios.* Aunque la lectura de la Biblia es comunitaria, la comunidad (y menos aún sus representantes solos), no están por encima de la Palabra, sino que han de ser obedientes a ella. Esta doble afirmación puede ser fuente de conflictos. Pero sería heterodoxo rehuir esos conflictos a base de eludir uno de los dos miembros de la afirmación.

4. *La Iglesia es comunidad de los llamados a la fe.* Es herético creer que la Iglesia se identifica con "el papa y los obispos", o que el llamado "pueblo de Dios" sea sólo un campo necesario para el ejercicio de su poder. La Iglesia es sólo el pueblo creyente, el cual necesita unos "ministerios" para su vida como pueblo de Dios.

5. *El verdadero sentido universal de la palabra iglesia es el de una comunión de iglesias.* La Iglesia no es una institución universal de la que las iglesias locales sólo sean "una pequeña parte". Cada iglesia local es, a su vez, "la iglesia católica".

Estructuración de la Iglesia

6. *Sería contrario al NT institucionalizar una sola visión de Iglesia,* porque la eclesiología del NT es enormemente plural.

Aunque en tiempos de crisis pueda ser necesario reforzar la unidad.

7. *El carácter cristiano de una iglesia radica en que sus estructuras favorezcan la fraternidad y la "eminente dignidad de los pobres", desde la experiencia del Dios de Jesús. Cuando esto falta, padece la comunidad cristiana aunque no falte ninguna estructura eclesiológica.*

8. La estructura de los ministerios eclesiales en el NT es imprecisa y cambiante. *En los evangelios no hay alusión directa a los diversos ministerios, porque éstos no provienen de Jesús. Lo importante es que aquellos ministerios que comenzaban a nacer, se asemejaban a Jesús y se desarrollasen en consonancia con El.*

9. A partir del siglo III la Iglesia necesitó institucionalizarse debido a su crecimiento. *Recurrió a imitar la estructura de la sociedad civil romana, o bien a recuperar instituciones del Antiguo Testamento.* Esto es muy comprensible, pero no exento de peligros para la Iglesia posterior. El mayor de ellos es que "el concepto de dirección pasó de la esfera del ministerio a la del gobierno".

10. En el proceso de institucionalización de la Iglesia *fue desapareciendo la presencia de carismáticos y profetas.* Los "ministerios" se van convirtiendo en "cargos" y van acumulando funciones que, en los orígenes, estaban más diversificadas.

11. La evolución de los ministerios acaba cuajando en la *tríada obispo-presbítero-diacono* que, en los orígenes era de fronteras bastante imprecisas. Pero en ello no se pueden ver unas directrices dadas por Jesús.

12. *En la iglesia del NT, la presidencia de la eucaristía no aparece vinculada a la ordenación y a la imposición de manos.* Ignacio de Antioquía requiere, para que la eucaristía sea válida, la *autorización* (no la "ordenación") del obispo. Ello responde a la concepción de que, en una eucaristía válida, todo el pueblo presente consagra y ofrece con el presidente.

En la iglesia posterior perdurará algo de esto en los llamados "confesores". Algunos de ellos fueron elegidos obispos sin que se hable nunca de una ordenación presbiteral previa. Uno de ellos - Calixto - llegó a papa. En este marco, no tiene sentido argumentar que Jesús "no ordenó mujeres", puesto que tampoco ordenó varones. Para el tema del ministerio femenino sería más pertinente la pregunta de si el Resucitado eligió a las mujeres como testigos de su Resurrección.

Sobre el ministerio episcopal

13. Hablando con estricta propiedad histórica, *los obispos no son "sucesores" de los apóstoles.* "Iglesias apostólicas" eran aquellas pocas que habían sido fundadas por algún apóstol. En un sentido teológico, puede hablarse de una especie de correspondencia dinámica, que permite usar aquel título en un sentido válido, pero más amplio.

14. Por eso, según San Ireneo, "los presbíteros tienen también la sucesión apostólica". La idea de *cierta igualdad inicial* entre obispos y presbíteros se extiende como mínimo hasta San Isidoro de Sevilla en el siglo VII.

15. Una vez estructurados, hay dos elementos inseparables que deben considerarse esenciales, tanto en el episcopado como en el presbiterado: la entrada en el colegio (*colegialidad*) y la vinculación a una iglesia particular (*localidad*).

16. *En la iglesia antigua no es concebible ni una eucaristía celebrada sin comunidad, ni un obispo sin iglesia y que no ejerce como pastor.* La actual figura jurídica de los obispos sin diócesis, es una ruptura con la mejor tradición eclesial.

Sobre el ministerio de Pedro

17. *Pedro murió mártir en Roma pero no fue nunca obispo de Roma.* Es muy probable que la iglesia de Roma fuera gobernada durante bastantes años por un colegio de presbíteros, y que la "sucesión episcopal" no surgiera hasta mediado el siglo II.

18. El Vicario de Pedro puede tener, como obispo de Roma y como patriarca de Occidente, unas atribuciones geográficamente limitadas que no tiene como papa. *La Iglesia universal no es una diócesis del papa ni el estado del papa.*

19. *La designación de los obispos durante el primer milenio y parte del segundo, no fue competencia de los papas sino de las iglesias locales.* Las primeras desviaciones de este proceso se debieron a situaciones excepcionales, para evitar la intervención de los reyes y señores feudales. Más tarde, en la época de Avignon, a motivos mucho menos nobles. Finalmente en Trento se generalizó la práctica actual, que debe seguir siendo mirada como "excepcional".

En conclusión

20. *Se puede decir que la Iglesia tiene una estructura ministerial (apostólica) por obediencia al ejemplo de Jesús y los suyos. Pero la configuración concreta de esa estructura es creación de la Iglesia y no de Jesús. Y se crea respondiendo a "los signos de los tiempos". Buena prueba de ello la da el cardenal Bellarmino quien, al fundamentar el papado, no argumenta a partir de la voluntad de Jesús, sino de que Dios quiere para su iglesia lo mejor. Ahora bien, lo mejor es (según Bellarmino) la monarquía*

21. El pecado de la Iglesia radica, muchas veces, en que todo aquello que es fruto de una evolución histórica (a veces obra del Espíritu, a veces del pecado) *pretende convertirlo en resultado de una voluntad de Jesús históricamente expresada*. Así, la Iglesia se incapacita para responder a las exigencias de la evangelización, y convierte a Dios en responsable de su propia pereza.

OBISPOS PARA EL SIGLO XXI

Si este marco es cierto, nos permite concluir que la Iglesia, a la hora de estructurar su ministerio más constitutivo para una nueva etapa de la historia, en la que el cristianismo va a ser minoritario y en la que no va a contar con apoyos sociológicos ni políticos, debe sentirse en una situación similar a la de la primitiva iglesia. Con la misma libertad y con la misma llamada a la creatividad responsable y a la eficacia apostólica y evangelizadora. Esto implicaría cuatro puntos por lo que respecta a los obispos del siglo XXI.

Que los obispos sean obispos

Devolvamos a la palabra "obispo" toda la dignidad que tiene en la mejor tradición de la Iglesia. Que sean obispos significa, por tanto, que no sean meros peones movidos por la curia romana. Como dice el Vaticano II: "los obispos no deben ser considerados como vicarios del romano pontífice" (LG 27).

San Bernardo ya avisaba a Eugenio III de que una Iglesia que fuese sólo "cabeza y dedos" sería "un monstruo", más que el Cuerpo de Cristo. La situación no ha cambiado mucho desde la época de san Bernardo. En la actual estructura de la Iglesia hay algo que impide a los obispos actuar misioneramente como enviados, y les fuerza a actuar como funcionarios. De ese "algo" da razón una confesión de un obispo de mi país, cuando se le preguntó por qué los obispos, en sus apariciones en televisión, resultaban tan poco estimulantes: "debo reconocer - confesó el obispo - que cuando salimos en la tele no estamos pensando en los espectadores sino en el Nuncio".

No hace falta añadir a nuestro marco histórico anterior, que la curia romana no fue fundada por Jesucristo. Y que es, junto con los cardenales y los nuncios, uno de los elementos más contingentes de la estructura eclesial. Su configuración debería depender *de su eficacia evangelizadora y de su servicio a la colegialidad episcopal*, que son dos principios eclesiológicos muy superiores. En el s. XXI la curia no deberá interferir en las relaciones entre Pedro y el colegio apostólico, impidiendo la verdadera colegialidad. Imponer a los futuros obispos un juramento previo de que nunca hablarán públicamente contra el celibato ministerial o a favor del sacerdocio femenino sería un abuso de autoridad, más reprochable si se utiliza como muestra de un consenso sobre estas materias.

Que los obispos sean apóstoles

En la actual situación eclesial, recobra significado e importancia nuevos, la transposición que hace Mateo de la parábola jesuánica de la oveja perdida, aplicándola a los ministros de la Iglesia. Hoy ya no se trata de "una" oveja contra noventa y nueve, sino de noventa contra diez. Si la Iglesia debe seguir fiel a su misión evangelizadora, no puede seguir dejando ir (y condenando) a todas "las ovejas perdidas de la casa del Padre", mientras acaricia y se deja acariciar por el pequeño rebaño de quienes se consideran fieles.

Los obispos del siglo XXI deberán ser *hombres de frontera y no hombres de barreras*. La Iglesia del siglo XXI necesitará muchos más "pablos" que "timoteos". Ello implicará el esfuerzo por liderar comunidades alternativas, que puedan ser vistas como "sacramentos" de salvación, como "luz de las gentes". Alternativas porque en ellas se intenta vivir "la eminente dignidad de los pobres en la Iglesia"; alternativas por las "virtudes" que en ellas se viven. En este contexto, los obispos no serán tanto "guardianes de un depósito" cuanto "testigos de una buena noticia": el amor de Dios que se ha manifestado en Jesucristo (Rm 8,39) y el desenmascaramiento del pecado de este mundo que necesita crucificar a los inocentes y a los profetas para seguir manteniendo "su puesto y su casta" (cfr. Jn 11,48).

Los obispos del siglo XXI habrán de hacer todo esto sin poder y sin ingenuidad: desde la condición del enviado que lo es "como ovejas entre lobos" (Mt 10,16). Habrán de saber ser sencillos como las palomas y, a la vez, sagaces como las serpientes. Para ello tratarán lo mínimo con los grandes de este mundo. Y si han de presidir alguna ceremonia religiosa, será normalmente la de los presos o sin-techo, no la de los poderosos de la tierra. Tampoco pretenderán montar grandes plataformas propias con la excusa de evangelizar. Porque estas plataformas millonarias acabarán suponiendo unas reglas de juego contrarias al evangelio. Habrán de plantearse qué significa hoy aquello de ser enviados "sin bastón, ni alforja, ni pan ni plata, ni dos túnicas de recambio" (cfr Lc 9,3). Buscando, más allá de una literalidad imposible, tendrán que encontrar el significado evangélico que tienen en nuestro mundo estos consejos dados por Jesús a los que él enviaba.

Que los obispos sean "creadores de comunidad"

El término griego "epi-skopos" no designa ningún tipo de poder sagrado, sino una tarea sencilla de "supervisor" de la comunidad. Antes que responsables de la ortodoxia, los obispos son responsables de la comunión. Hoy se podría traducir esta "tarea de supervisión" definiendo a los obispos como "constructores de comunidad": responsables hacia adentro de esas comunidades que acabamos de describir como alternativas y misioneras. Comunidades donde se vaya haciendo "carne" una capacidad intuitiva para encontrar a Dios en todas las cosas y no sólo en los aspectos "religiosos" de la vida. Comunidades que, desde esa sintonía con Dios, sean capaces de soportar la difícil diferencia y pluralidad de todos los grupos humanos, sin convertirla en motivo de disensiones, de exclusiones, ni de enfrentamientos.

La historia de la iglesia primitiva es en este punto ejemplar. La Iglesia conoció desde sus inicios la pluralidad y la amenaza de división. Pero en aquella iglesia todavía pesaba más la plegaria de Jesús por la unidad, que la idólatra fijación en la propia verdad. El ejemplo duró poco. Pero, tratando de aprender de él para el mañana, deberíamos decir que los obispos del siglo XXI habrán de tener la obsesión por "crear verdadera comunidad" en vez de hacer triunfar una determinada línea entre otras posibles y legítimas en la Iglesia. La iglesia romana ha invalidado el consejo de Agustín ("unidad en lo necesario, libertad en lo dudoso, caridad en todo"): cuando se pierde el sentido de lo "único necesario", todo se vuelve necesario y todo queda justificado para sacar adelante esta falsa necesidad del propio egotismo.

La comunidad sólo se crea desde dentro, no desde fuera de ella. La ya famosa exclamación de san Agustín "soy un cristiano con vosotros", o la de la primera carta de Pedro ("copresbítero con vosotros") ayudarían a impedir que los obispos aparezcan ante la sociedad (y ante la misma Iglesia) como una especie de "objetos sagrados no identificados", en los que ya ha dejado de cumplirse aquel soberbio juego de palabras, también agustiniano, de *presidir para aprovechar*. Y para aprovechar a la comunidad que presiden, no a otros intereses de política eclesial, exteriores a ella, por muy respetables que pudieran ser.

Como tendencia general, estos hombres creadores de comunidad habrán salido de la iglesia que presiden, aunque esta tendencia no pueda convertirse en ley, en un mundo tan móvil y tan plural como el nuestro. Esto facilitará la devolución a las iglesias locales de su participación en la designación de los obispos. El benemérito J.M. Tillard, acaba de escribir que "la lenta desaparición de la elección por el pueblo y luego por un grupo del clero local, es una herida que se ha hecho a la verdad eclesial de la diakonía". Desgraciadamente, ha habido nuncios que hicieron un enorme daño a las iglesias, bien por los obispos que nombraron, bien por las consignas que les dieron. En lugar de crear comunidades, han desenganchado a muchos. En lugar de sembrar esperanza, sembraron decepción; en lugar de evangelizar impusieron una política eclesiástica contingente.

Estos obispos creadores de comunidad serán, por lo general, hombres "casados" con sus iglesias, ligados a ellas con un vínculo que sea sacramento del amor de Cristo a la Iglesia. No estarán en sus iglesias "de paso", mirándolas como mero peldaño de ascenso en su carrera. San Agustín no necesitó salir de su minúscula diócesis para tener el mayor influjo en la iglesia y en la sociedad de su época; ni aspiró nunca a llegar hasta Milán; ni midió los compromisos que contraía, por si podían impedirle ascensos. Con todos sus defectos, conoció a sus ovejas y éstas le conocieron; las amó y fue amado por ellas. En esto sigue siendo hoy un ejemplo muy válido de futuro, como algunos otros a los que la fidelidad a su ministerio les ha convertido hoy en "obispos marginales" a los ojos del mundo eclesiástico, pero quizás también en buenos pastores, a los ojos misteriosos y subversivos de Dios.

Que los obispos sean "colegio"

En la Iglesia se da una extraña relación entre localidad y universalidad que, de cumplirse, podría ser hoy una gran señal para un mundo dividido por la lucha entre localismos y universalismos. La iglesia local no es una parte de la iglesia católica: es toda ella "la iglesia católica" en la medida en que sea iglesia en plenitud. La iglesia universal no es la suma de las iglesias locales, sino la comunión de todas ellas. La iglesia tiene una "configuración eucarística": las especies consagradas no son una "fracción" del cuerpo de Cristo, sino, sin más, "el cuerpo de Cristo".

Esta relación se refleja en la figura del obispo, en quien no deben separarse localidad y universalidad. Por ser representante de su iglesia, el obispo es miembro del consejo episcopal. Y viceversa. "Hay un solo episcopado y de él participa cada obispo por entero" (Cipriano).

El Vaticano II enseñó el carácter sacramental de la consagración episcopal. Este carácter de "plenitud del sacramento del orden" no lo tiene la consagración del vicario de Pedro. La primacía de Pedro no pertenece al ámbito sacramental, sino al terreno funcional. El ministerio petrino no puede ser una entidad "exterior" al colegio episcopal, sino que nace y forma parte de él. *Es en cuanto miembro del colegio, como debe ejercer su misión primacial*; no anulando al colegio. El reconocimiento del primado de Pedro no puede convertir a la Iglesia en un "solo sin voces" o en un violín con una sola cuerda, ni aunque ésta sea la llamada "prima".

Esto debería tener consecuencias palpables en la Iglesia del siglo XXI. En el pasado Sínodo europeo, habló de ello el cardenal Martini, el cual evitó cuidadosamente la palabra "concilio" y habló de "un instrumento colegial más pleno y autorizado". Es decisiva la alusión a la colegialidad. En las actuales dimensiones de la Iglesia, los concilios pueden resultar entidades de tal magnitud (¡y de tales gastos!) que no sea posible pensar en ellos como formas habituales de funcionamiento de la colegialidad. Bastaría, en cambio, con dar poder deliberativo al sínodo de obispos, una institución que suscitó esperanzas tras el Vaticano II y que se ha ido convirtiendo en un organismo de vida vegetativa. Pero habría que hacerlo de tal manera que la designación de los participantes en ese sínodo quedara en manos de las conferencias episcopales, aunque no por una simple ley de mayorías excluyentes, sino de tal manera que pudiesen estar representadas todas las tendencias que conviven en la Iglesia.

No es tarea de este apunte entrar en concreciones jurídicas o canónicas, sino apuntar principios teológicos. Quiero evocar, agradecidamente, algunos nombres de aquéllos que, en mi modesta opinión, supieron anticipar algo de lo que aquí se sugiere. Limitándome a los ya fallecidos, surgen nombres como O. Romero, Pironio, Angelleli, H. Camara, Proaño, Lercaro, Hume y, en mi país, el denostado cardenal Tarancón, junto con otros todavía vivos, y para quienes las cosas no son hoy precisamente fáciles. A todos ellos un recuerdo agradecido y, por todos ellos, gracias al Señor.

Condensó: CARLES MARCET SOLER